



La muerte de un pobre en la alcoba de un palacio

San Juan de Dios y la
iconografía de su muerte

1 JOSÉ NAVAS PAREJO
JOSÉ GABRIEL MARTÍN SIMÓN

Diseño y maqueta Susana Martínez Ballesteros
Imagen de la cubierta Portada del Hospital de San Juan de Dios, Granada

Dirección científica Francisco Benavides Vázquez
Fotografía Pepe Marín
Revisión de pruebas Marina Santiago Villanueva

Depósito legal GR 246-2025
ISBN 978-84-121472-6-1

© de la edición: Archivo-Museo San Juan de Dios. 'Casa de los Pisa'
© de los textos: sus autores

Realizado en España / Made in Spain

1

Muerte de San Juan de Dios

JOSÉ NAVAS PAREJO
JOSÉ GABRIEL MARTÍN SIMÓN

Texto hagiográfico de FRANCISCO DE CASTRO
Análisis de la obra por FRANCISCO BENAVIDES VÁZQUEZ



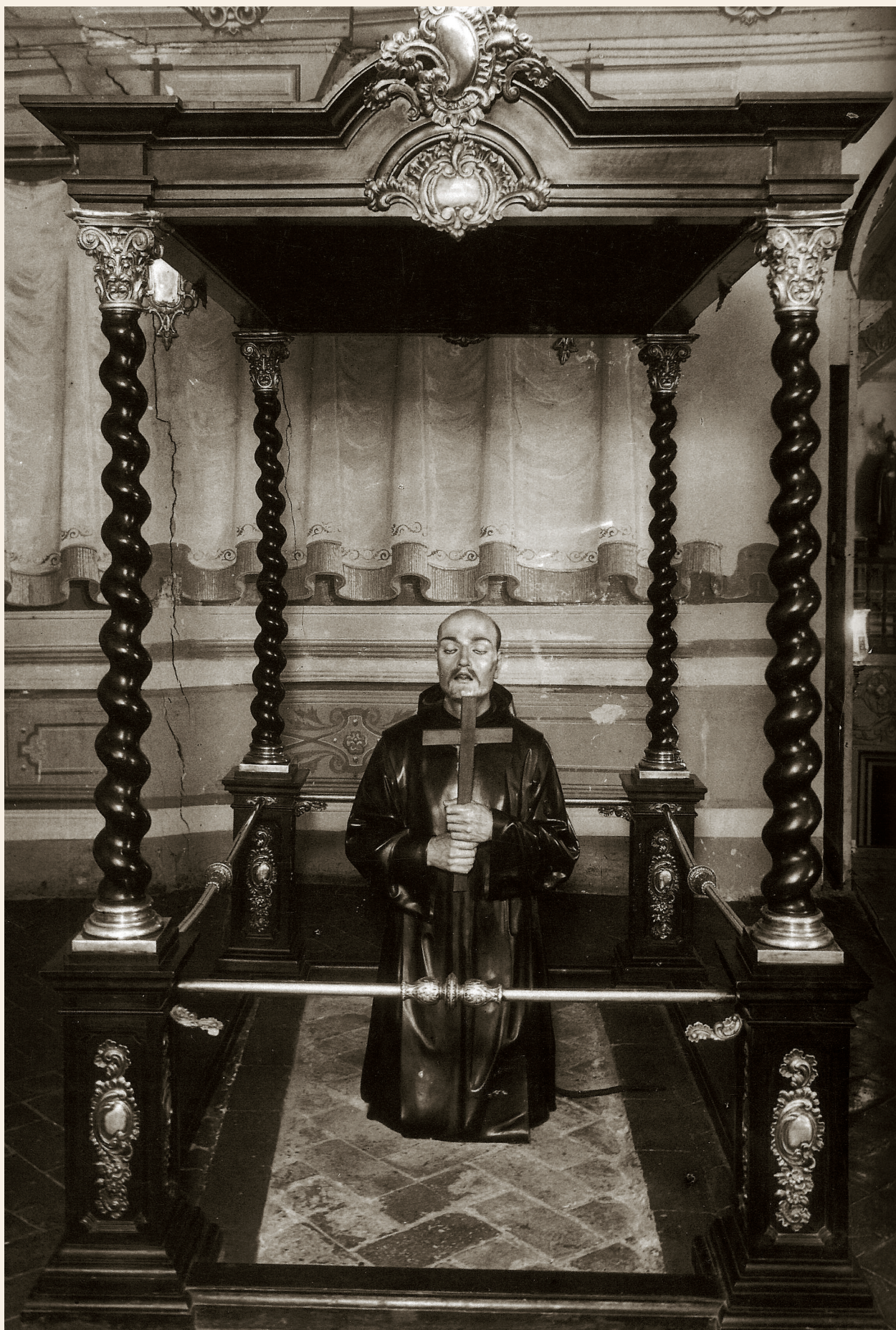
Muerte de San Juan de Dios

JOSÉ NAVAS PAREJO
JOSÉ GABRIEL MARTÍN SIMÓN

1929

Madera y óleo, 132 x 58 x 75 cm

Archivo-Museo San Juan de Dios
'Casa de los Pisa' - Cámara Santa [1649]



*Así nos cuenta Francisco de Castro¹
la muerte de San Juan de Dios*

ERAN TANTOS LOS TRABAJOS EN QUE JUAN DE DIOS se ocupaba por dar remedio a los de todos, así de caminos y salidas que hacía, en que padecía muchas frialdades, como del trabajo ordinario de la ciudad, que se desvencijó, y de esta enfermedad (como él le hacía poco regalo) padecía gravísimos dolores, y disimulaba cuanto él podía, por no darlo a entender y dar pena a sus pobres en verlo malo; mas estaba ya tan flaco y debilitado y sin fuerzas, que no lo podía ya disimular. Y sucedió a esta sazón, que el río Genil vino aquel año muy crecido por las grandes aguas que había llovido; y le dijeron a Juan de Dios, que el río con la creciente traía mucha leña y cepas. Y él determinó, con la gente sana que había en casa, de ir a sacarla, porque el invierno era muy fuerte de nieves y fríos, para que los pobres hiciesen lumbre y se calentasen. De meterse en el río en tal tiempo, cobró tanta frialdad sobre la enfermedad que tenía, que aquejándole más gravemente el dolor que solía, cayó muy enfermo; y la causa de meterse tanto en el río fue, que de la gente pobre que venía a sacar leña, un mozuelo entró incautamente en el río más de lo que sufría, y la corriente lo arrebató llevándoselo; y Juan de Dios, por socorrerle, entró mucho, y al fin se ahogó, que no pudo asirle. Y de esto cobró mucha pena; de manera que su enfermedad se iba agravando cada día más. Como era llegado el término que nuestro Señor tenía puesto para dar a su siervo el premio y galardón de sus trabajos, sucedió, estando así en la cama, que algunas personas con celo indiscreto, y pasándoseles muy por alto, y no entendiendo el subido modo de proceder de Juan de Dios, se fueron al Arzobispo don Pedro Guerrero, que a la sazón era de Granada, y le informaron cómo en el hospital de Juan de Dios se llegaban hombres de muchas maneras; y que había algunos que podían trabajar, y que no albergándose allí irían a trabajar y buscar su vida; y que así mismo había mujeres malmiradas, que deshonoraban a Juan de Dios, no teniendo respeto al bien que se les hacía: que mandase poner remedio en esto, pues a él pertenecía. Oído por el Arzobispo (como buen pastor que era y prelado muy celoso de la salvación de sus ovejas) mandó llamar a Juan de Dios, no sabiendo que estaba malo. Como lo

¹ CASTRO, Francisco de. *Historia de la vida y santas obras de Juan de Dios y de la institución de su Orden y principios de su hospital*. Granada, Antonio de Libríxa, 1585, pp. 70-78.

oyó se levantó como pudo, y fue luego a su llamado con toda presteza; y llegado a él le besó la mano y recibió su bendición, y le dijo: «¿Qué es lo que manda, buen padre y prelado mío?». El Arzobispo le dijo:

Hermano Juan de Dios, he sabido cómo en vuestro hospital se recogen hombres y mujeres de mal ejemplo y que son perjudiciales, y que os da mucho trabajo a vos propio su mala crianza; por tanto despedidlos luego, y limpiad el hospital de semejantes personas, porque los pobres que queden vivan en paz y quietud, y vos no seáis tan afligido y maltratado de ellos.

Juan de Dios estuvo muy atento a todo lo que su prelado le dijo:

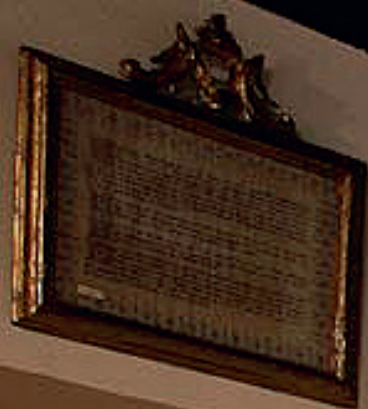
Padre mío y buen prelado, yo soy el malo y el incorregible y sin provecho, y que merezco ser echado de la casa de Dios; y los pobres que están en el hospital son buenos, y yo no conozco vicio ninguno de ellos; y pues Dios sufre a malos y buenos, y sobre todos tiende su sol cada día, no será razón echar a los desamparados y afligidos de su propia casa.

Fue tan agradable al Arzobispo la respuesta que Juan de Dios dio, viendo el amor tan paternal y afecto tierno que a sus pobres tenía; y cómo por volver por ellos se echaba a sí todas las faltas que se les imputaban, que como sabio y espiritual, entendiéndolo bien, y pareciéndole que a tal hombre bien se le podía encargar más que aquello, le dio su bendición y le dijo: «Id bendito de Dios, hermano Juan, en paz, y haced en el hospital como en vuestra casa propia, que yo os doy licencia para ello». Con esto se despidió de él, y se vino para su hospital. Y viendo cómo se le agravaba el mal (porque de ahí a poco le dio frío y calentura, y sospechando lo que podía ser) se esforzó cuanto pudo, dándole nuestro Señor fuerzas para ello, y tomó un libro blanco y unas escribanías y un hombre que le escribiese, y se fue por la ciudad de casa en casa de los que algo debía; íbalos asentando, y la cantidad de la deuda, y de qué se debía; y algunas había que ya no se acordaba su dueño de ellas. Y así puso por orden todo lo que debía, y lo trasladó en otro libro de manera que hubiese dos; y el uno se puso en los pechos y el otro mandó guardar en el hospital, a fin de que si Dios le llevase y se perdiese el uno, estuviese allí en depósito el otro, y se pagase lo que debía, habiendo claridad de ello; y este fue su testamento. Y acabado de hacerse, volvió a su celda tan fatigado ya, que no se podía menear, y se acostó; y desde allí, como no podía salir, con cédulas que enviaba, procuraba remediar los pobres que a él acudían. Y nuestro Señor proveía tan cumplidamente lo necesario como si él anduviera, como solía, procurándolo; porque todos los señores y ciudadanos proveían cumplidamente, sabida su enfermedad, y animaban a su compañero Antón Martín a que supliese lo que Juan de Dios faltaba. Sabida que fue su enfermedad de doña Ana Osorio, mujer del veinte y cuatro García de Pisa, señora de mucha cristiandad y ejemplo (a quien por esto amaba mucho el hermano Juan de Dios), le fue a visitar; y vista su dolencia

y el poco refrigerio que allí tenía, y tan cercado de pobres, que no le daban lugar a reposar un poco (y él, que a nada contradecía), le rogó muy ahincadamente, que consintiese que lo llevasen a su casa a curar, donde se le haría cama y darían lo necesario; porque hasta allí sólo en las tablas estaba echado y la capacha en la cabecera; y aunque él se excusó todo lo que pudo, diciendo, que no lo sacasen de entre su pobres, porque entre ellos quería morir y ser enterrado, al fin le venció con decirle, que pues él había predicado a todos la obediencia, que obedeciese ahora a los que con tanta razón le pedían por amor de Dios. Y así trajeron una silla para llevarlo; y puesto que fue en ella, como los pobres supieron que lo querían llevar, todos los que pudieron se levantaron y le cercaron; y aunque le quisieran resistir por el gran amor que le tenían, como es gente que a los infortunios y trabajos que tienen nunca hacen resistencia sino con gemidos y lágrimas, comenzaron todos a levantar tal alarido y gemido, hombres y mujeres, que no hubiera corazón, por duro que fuera, que no reventara en lágrimas. Y él, oyéndolo y llorando y viéndolos afligidos, alzó los ojos al cielo con suspiros, y les dijo: «Sabe Dios, hermanos míos, pues Dios es servido que muera sin veros; cúmplase su voluntad». Y echándoles su bendición a cada uno por sí, les dijo: «Quedad en paz, hijos míos, y si no nos viéremos más, rogad a nuestro Señor por mí». A estas palabras tornaron a levantar de tal manera el alarido y decían tales lástimas, que penetraron de tal manera las entrañas de Juan de Dios (que poco había menester, porque los amaba) que quedó desmayado en la silla. Y vuelto en sí, por no darle más pena, lo llevaron en casa de esta señora; y como había comenzado a obedecer y propuesto de hacerlo, aunque hasta allí, por enfermo que estuviese, nunca había mudado el traje, por áspero y pobre que era, entonces dejó que hiciesen en él cuanto le mandaban, por dar ejemplo de obediencia. Y así le pusieron camisa y le echaron en una cama, y curaron de él con mucha caridad y cuidado, así de médicos como de medicinas y todo lo demás necesario. Y aquí fue visitado de muchas personas principales y señores, y de todos regalado, a porfía el que más podía. Y él de todo esto no gustaba, salvo de la caridad que veía que a ello les movía; porque, junto con esto, le habían privado que no viese pobre ninguno y puesto un portero que no los dejase entrar, porque en viéndolos lloraba y recibía pena. Como el Arzobispo supo cuan al cabo estaba, lo fue a visitar, y lo consoló con santas palabras, animándole para aquel camino; y al cabo le dijo, si tenía algo que le diese pena, que se lo dijese, porque, pudiendo él, lo remediaría. Él le respondió:

Padre mío y buen pastor, tres cosas me dan cuidado: la una lo poco que he servido a nuestro Señor habiendo recibido tanto; y la otra los pobres que le encargo, y gentes que han salido de pecado y mala vida, y los vergonzantes; y la otra estas deudas que debo, que he hecho por Jesucristo.

Y le puso el libro en la mano, en que estaban asentadas. Y el prelado respondió:





Hermano mío, a lo que decís que no habéis servido a nuestro Señor, confianza en su misericordia, que suplirá con los méritos de su pasión lo que en vos ha faltado; y en lo de los pobres, yo los recibo y tomo a mi cargo, como soy obligado; y en cuanto a las deudas que debéis, yo las tomo desde luego a mi cargo para pagarlas; y yo os prometo de hacerlo como vos mismo lo hicierais; por tanto sosegaos y nada os de pena, sino sólo atended a vuestra salud y encomendaros a nuestro Señor.

Gran consolación recibió lo que le prometió; y después de haberle dicho otras palabras de mucha consolación le besó la mano y recibió su bendición; y despedido, se fue de camino a visitar el hospital. Agravándosele más la enfermedad a Juan de Dios, recibió el sacramento de la penitencia (aunque muy a menudo lo hacía siempre) y le trajeron a nuestro Señor y lo adoró, porque la enfermedad no daba lugar a recibirlo, y llamando a su compañero Antón Martín, encargándole mucho los pobres y los huérfanos y los vergonzantes, amonestándole lo que había de hacer con muy santas palabras. Pues sintiendo en sí que se llegaba su partida, se levantó de la cama y se puso en el suelo de rodillas abrazándose con un Crucifijo, donde estuvo un poco callando, y de ahí a un poco dijo: «Jesús, Jesús, en tus manos me encomiendo». Y diciendo esto con voz recia y bien inteligible, dio el alma a su Creador, siendo de edad de cincuenta y cinco años, habiendo gastado los doce de estos en servir a los pobres en el hospital de Granada. Y sucedió una cosa harto digna de admiración, y que no sabemos que se lea de otro ningún santo, sino de San Pablo, el primer ermitaño:

Que después de muerto quedó su cuerpo fijo de rodillas sin caerse por espacio de un cuarto de hora, y quedara así hasta hoy con aquella forma, si no fuera por la simpleza de los que estaban presentes, que como lo vieron así, les pareció inconveniente, si se helaba, para poderlo amortajar.

Y así lo quitaron, y con dificultad lo estiraron para amortajarlo, y le hicieron perder aquella forma de estar de rodillas. Estuvieron presentes a su muerte muchas señoras principales y cuatro sacerdotes, y todos quedaron admirados y dieron gracias a nuestro Señor de tal manera de muerte, y cuan bien hacía consonancia con la tal vida. La cual fue a la entrada del sábado, media hora después de maitines, a ocho de Marzo de mil y quinientos y cincuenta años.



Para conocer mejor esta pieza...

Muerte de San Juan de Dios en la Cámara Santa

La curiosa documentación fotográfica proporcionada por don José Manuel Martín, relativa al escultor don José Martín Simón, viene tentándonos desde hace tiempo para dedicarle un espacio a su obra, especialmente a la imagen de San Juan de Dios que se encuentra en la Cámara Santa, y que trata de reproducir el instante de su muerte desde ese mismo lugar histórico el 8 de marzo de 1550.

Esta habitación, lugar de peregrinación para seguidores y devotos de San Juan de Dios, se ha conservado siempre como lugar santo. La familia Pisa, inicialmente, y la devoción popular con posterioridad se han ocupado de mantener este espacio como un enclave sacralizado por la muerte de aquel pobre que se santificó en la ciudad de Granada.

Huelga decir que la habitación ha pasado por diferentes momentos en los que su concepción ha variado sustancialmente. Podríamos sintetizarlos en dos, sin entrar en mayores honduras: una concepción sacra que acentúa el espacio cultural desde el día de la muerte hasta la compra de la Casa por la Orden, en torno a los años 60, momento en el que se hace una remodelación completa en la que primaría la recreación de la estancia, reproduciéndola tal y como sería en el instante de la muerte del Santo en ella, facilitando una catequesis plástica sobre el acontecimiento.

Esta intervención devolvió la factura original a la estancia. Se recuperó nuevamente la puerta y la ventana que tenía y que había sido tapada con la intervención del año 1928-1929 por el retablo mayor de la iglesia.

El proyecto de ejecución de la imagen

Durante largo tiempo, antes de ser la Casa propiedad de la Orden, en la Cámara Santa se veneraba una imagen en terracota que se atribuye a José Risueño, siendo su tamaño menor que el natural. Con la adquisición del inmueble por los Hermanos en 1927 se iniciaron unas obras de restauración que le afectaron de modo importante. Entre ellas, como hemos comentado en otro capítulo de esta sección, también se concibió la actual iglesia dentro de la Casa.

El proyecto de ornamentación de ésta fue encargado y adjudicado al imaginero José Navas Parejo. En el contrato que suscribe con el Hermano Provincial Faustino Calvo el 15 marzo de 1928, se recoge, como veremos, la ejecución de una nueva imagen de tamaño natural y un templete que la protegiera. Junto a los ladrillos sobre los que el Santo murió de rodillas. El mencionado templete se suprimió con la reforma de los años 60.



En la imagen superior:

José Gabriel Martín Simón en el taller
con la pieza y el modelo.

A la izquierda:

El pintor Antonio López en la Cámara Santa,
frente a la escultura.

Dejemos que sean las mismas palabras del afamado artista las que nos describan estas dos piezas:

Presupuesto de un templete para la estatua de San Juan de Dios de rodillas, tal como expiró, y a su vez con las proporciones, que sirve de cerca a los auténticos ladrillos donde estuvo de rodillas el santo padre. Este templete, será de estilo churriguera, según dibujo que se presenta con arreglo a la Capilla antigua de 180 m de longitud por 100 m de latitud y 3 m de altura total.

Como todo el fin principal de esta obra [templete] está totalmente al alcance de los fieles, que no se abstienen de tocarlo, no se puede pensar en imitaciones, y por lo tanto hay que construirlo con materiales auténticos [sic], para que la continua [sic] limpieza y roce no los desgaste enseguida.

En consecuencia [sic], propongo la construcción de dicho templete en madera de nogal barnizada con los adornos repujados en plata de ley, dos materiales de valor positivo y de riqueza verdadera que no necesitan tener especial cuidado para su conservación. Compónese el proyecto de basamento, pilastras, columnas salomónicas, cornizamento y cubierta de líneas curvas de adorno terminado con el escudo de la Orden. Con todos los adornos en plata de ley de 916 milésimas repujados y las cuatro barras forradas de plata, las cuatro bazas, los cuatro capiteles, ocho centros, cuatro nervios de adorno, los adornos de las pilastras y el remate con el escudo de la Orden en ptas... 6.500. La estatua de San Juan de Dios como va con un crucifijo y es a base de obra artística y de tamaño natural, el Santo padre... 2.700.

José Martín Simón. Una autoría documentalmente discutida

A la luz de este contrato de ejecución de obra conservado en el Archivo de los Pisa, parece incuestionable que el verdadero autor de la pieza sea José Navas Parejo. No obstante, y como anunciaba al inicio, una fotografía que recoge uno de los momentos de la realización de la obra nos ha hecho inclinarnos a que la auténtica autoría tenga que recaer sobre el entonces joven imaginero Martín Simón. Éste es el verdadero valor documental de esta instantánea. Ciertamente, no se puede afirmar con total rotundidad que este último fuera su autor, pero sí podemos dejar planteadas ciertas cuestiones que al menos nos hagan retomar el asunto de la autoría.

Los estudios realizados hasta el momento sobre Navas Parejo demuestran que ostentó un taller de imaginería con gran producción y prestigio. Martín Simón perfeccionó su formación en este taller y en él realizó imágenes como la Virgen de las Tres Avemarías del Convento de los Capuchinos, y numerosos panteones del primer patio del cementerio de la ciudad. Obviamente, estas imágenes, aunque realizadas por él salían del taller firmadas por

don José Navas Parejo. También hay que apuntar que la imagen de la muerte de San Juan de Dios no está firmada.

Con todos estos datos, podemos poner de manifiesto la hipótesis de que en esa abundancia de trabajo que tenía el maestro, no sólo con la ornamentación de la obra de los Pisa, que ya era importante, sino en otros lugares, pudo realizar la imagen Martín Simón, como discípulo aventajado que fue y que demuestra su trayectoria.

No es descabellado pensar que la fotografía que nos ha facilitado uno de sus nietos se realizara con la ilusión de perpetuar uno de los primeros trabajos con relevancia que ejecutaba el novel escultor. Por otro lado, tallar la imagen del Santo granadino por antonomasia era una razón más que daba importancia al trabajo y que merecía la pena, como digo, ser inmortalizada.

Notas para una biografía

Nació en 1896 y es considerado como uno de los últimos representantes de la gran escuela imaginera granadina, que se prolonga durante cuatro siglos hasta la renovación plástica que tiene lugar alrededor de los años 60.

Inició su formación en el taller de su tío Pablo Loyzaga, colaborando en la decoración ornamental del actual edificio del Gobierno Civil de Granada, todo ello antes de pasar al taller de Navas Parejo y sin cumplir aún los 20 años.

Hacia 1930 se establece definitivamente en su propio taller, en los 30 años siguientes realiza lo más copioso de su producción que, a partir de entonces, se decanta por el terreno religioso, debido a los acontecimientos derivados de la II República y la Guerra Civil. En Málaga y su provincia, realiza numerosas imágenes procesionales entre las que cabe destacar la de Nuestro Padre Jesús Cautivo de 1938, cuya devoción ha llegado al terreno de lo mítico.

Entre 1936 y 1943 es profesor interino de metalistería en la Escuela de Artes y Oficios, reconstruyéndose bajo su dirección la reja del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza. A partir de 1938 y durante los siguientes 20 años, salen de su taller ubicado en la Plaza Cuchilleros numerosas imágenes, entre las que destacamos las del Santuario del Cristo del Paño de Moclín. Por otro lado, también realizó restauraciones de imágenes, retablos y altares parcialmente destruidos a consecuencia de la guerra o por el paso del tiempo, como el San José de Agustín de Vera del Convento de Carmelitas Calzadas o el Nazareno de Pablo de Rojas, de la Basílica de la Virgen de las Angustias.

Entre sus trabajos de orfebrería se encuentra la corona de la Virgen del Carmen del Convento de Carmelitas Calzadas de Granada y las placas de plata con escenas de la vida de San Juan de Dios para el frontal del altar mayor de la Basílica de Granada.

Su estilo y entender artístico lo hizo extensivo por medio de su magisterio a escultores como Antonio Cano Correa o Martínez Olalla y orfebres como Manuel Calero Arquelladas.

Su obra se encuadra en la gran escuela barroca granadina. Estudia una y otra vez a Cano, Mora, los Mena, Risueño, que son en realidad sus grandes maestros. Da a sus imágenes las notas del más puro estilo barroco: intimismo, paz, expresividad, dulzura, dolor resignado, sin llegar al patetismo ni a la tragedia. Concibe la escultura religiosa como instrumento que mueve a la devoción y a la piedad, por lo que huye de todo intelectualismo.

Bibliografía de la pieza

BENAVIDES VÁZQUEZ, Francisco. «Muerte de San Juan de Dios en la Cámara Santa». En: *Juan Ciudad, Arte y Hospitalidad*, N° 454. Sevilla, Orden Hospitalaria San Juan de Dios, 2000, pp. 4-7.

RUIZ ORTEGA, Ernesto. *La Granada de San Juan de Dios*. Granada, 1983, p. 128.

LARIOS LARIOS, Juan Miguel. *Iconografía de San Juan de Dios en Andalucía*. Tesis doctoral, tomo IV. Núm. Cat. 128.

Fueron los granadinos los primeros que conocieron la «dichosa muerte del bendito Juan de Dios», de rodillas con un crucifijo en las manos... y así, rápidamente, adoptaron esta imagen como el icono del servicio.

No podía ser otra la escultura que presidiera «el templo del cuidado», el hospital de Juan de Dios.

Durante siglos esta figura ha marcado el lugar de la memoria de la hospitalidad, al estilo de Juan de Dios.

Su trasfondo espiritual, documental y afectivo sigue inspirándonos en el día de hoy, 475 años después, siendo fieles al legado recibido.



Archivo - Museo
San Juan de Dios
'Casa de los Pisa'
Granada